

ceos, conocidos por su irreligión, fueron los filósofos de Jerusalén, y los fariseos, grandes hipócritas, fueron sus doctores (28). Estos, aunque casi limitasen su ciencia al estudio de la Ley (29), hacían tal estudio con todo el fausto y toda la suficiencia de los dogmáticos. Observaban también con gran cuidado todas las prácticas de la religión, pero el Evangelio nos enseña el espíritu de esta exactitud y el caso que había que hacer de ella. Por lo demás, tenían todos muy poca ciencia y mucho orgullo, y en esto se diferencian bien poco de la mayor parte de los doctores de hoy.

En el establecimiento de la Nueva Ley, no fué á sabios á quienes Jesucristo quiso confiar su doctrina y su ministerio. Siguió en su elección la predilección que había demostrado en todas las ocasiones por los pequeños y los humildes, y en las instrucciones que dió á sus discípulos no aparece una sola palabra de estudio ni de ciencia, como no sea para señalar el desprecio que por todo eso sentía.

Después de la muerte de Jesucristo, doce pobres pescadores trataron de instruir y convertir al mundo. El método de Jesucristo era sencillo: predicaba sin arte, pero con un corazón penetrado de unción y bondad, y de todos los milagros con que Dios honró su fe, el más sorprendente fué la santidad de su vida: sus discípulos siguieron este ejemplo, y el éxito fué prodigioso. Los sacerdotes paganos, alarmados, hicieron ver á los príncipes que el Estado estaba perdido, porque disminuían las ofrendas. Empezaron las persecuciones, y los perseguidores no hicieron más que acelerar el

progreso de aquella religión que querían ahogar. Todos los cristianos corrían al martirio, todos los pueblos corrían al bautismo. La historia de los primeros tiempos es un prodigio continuado.

Sin embargo, los sacerdotes de los ídolos, no contentos con perseguir á los cristianos, se pusieron á calumniarlos. Los filósofos, que no encontraban realizados sus ideales orgullosos en una religión que practicaba la humildad, se unieron á los sacerdotes. Los sencillos se hacían cristianos, es cierto, pero los sabios se burlaban de ellos; y nadie ignora con qué desprecio fué recibido el mismo San Pablo por los atenienses. Las burlas y las injurias llovían de todas partes sobre la nueva secta. Hubo que tomar la pluma para defenderla. San Justino Mártir (30) fué el primero en escribir la apología de su fe. Se atacó á la vez á los paganos, y atacarlos era vencerlos. Los primeros éxitos dieron valor á otros escritores. Bajo pretexto de exponer la torpeza del paganismo, se lanzaron muchos en la mitología y en la erudición (31), queriendo demostrar ciencia y talento. Entonces los libros aparecieron en gran multitud, y las costumbres empezaron á relajarse.

Bien pronto no se contentaron con la sencillez del Evangelio y de la fe de los apóstoles; quisieron tener más talento que sus predecesores; sutilizaron sobre todos, los dogmas; cada cual pretendió sostener su opinión; nadie quiso ceder. La ambición de ser jefe de secta se hizo sentir, y las herejías pulularon por todas partes.

El arrebato y la violencia no tardaron en unirse á la disputa. Aquellos cristianos tan dulces, que

no sabían más que presentar la garganta á los cuchillos, se convirtieron entre sí en perseguidores furiosos, peores que los idólatras; todos cayeron en los mismos excesos, y el partido de la verdad no fué sostenido con más moderación que el del error. Otro mal, aún más peligroso y que nació del mismo origen, fué la introducción de la antigua filosofía en la doctrina cristiana. A fuerza de estudiar á los filósofos griegos, se figuraron muchos ver en ellos relaciones con el cristianismo. Osaron creer que la religión llegaría á ser más respetable revestida de la autoridad de la filosofía. Fué aquél un tiempo en que era preciso ser platónico para ser ortodoxo, y poco faltó para que, Platón primero y después Aristóteles, fuesen colocados en los altares al lado de Jesucristo.

La Iglesia se levantó más de una vez contra estos abusos. Sus más ilustres defensores los depusieron más de una vez en términos llenos de fuerza y de energía; á menudo trataron de desterrar toda esta ciencia mundana que manchase la pureza de la fe. Uno de los más ilustres papas llevó el exceso de celo hasta sostener que era vergonzoso sujetar la palabra de Dios á las reglas de la gramática.

Pero en vano gritaron: arrastrados por el torrente, se vieron obligados á conformarse ellos mismos con el uso que condenaban, y la mayor parte de ellos declamaron contra el progreso de las ciencias... pero de una manera demasiado sabia para creyentes fervorosos.

Después de largas agitaciones, las cosas tomaron al fin una posición más fija. Hacia el siglo X, la

llama de las ciencias cesó de alumbrar la tierra, el clero permaneció sumido en una ignorancia que no quiero justificar, puesto que no recaía menos sobre las cosas que se deben saber que sobre las que son inútiles, pero al menos la Iglesia disfrutó en este tiempo de un poco más de reposo que hasta entonces.

A partir del renacimiento de las letras, las divisiones no tardaron en volver á comenzar más terribles que nunca. Hombres sabios iniciaron la querrela, hombres sabios la sostuvieron, y los más capaces se mostraron siempre los más obstinados. En vano fué que se establecieran conferencias entre los doctores de los diferentes partidos; ninguno llevaba á ellas el amor de la conciliación ni acaso el de la verdad; todos llevaban á ellas el deseo de brillar á expensas de su adversario; todos querían vencer, en vez de instruirse; el más fuerte imponía silencio al más débil; la disputa se terminaba siempre por injurias, y la persecución era siempre el fruto de ella. Sólo Dios sabe cuándo acabarán todos estos males.

Las ciencias están florecientes hoy; la literatura y las artes brillan entre nosotros: ¿qué provecho ha sacado de aquí la religión? Preguntémoslo á esa multitud de filósofos que se vanaglorian de no tenerla. Nuestras bibliotecas rebosan de libros de teología, y los casuístas hormiguean en nuestro seno. Antes teníamos santos, y no casuístas. La ciencia se extiende y la fe se aniquila; todo el mundo quiere enseñar á hacer bien, y nadie quiere aprenderlo; todos nos hemos convertido en doctores, y hemos dejado de ser cristianos.

No, no fué con tanto arte y aparato como el Evangelio se extendió por todo el universo y su belleza deslumbradora penetró en los corazones. Ese divino libro, el único necesario á un cristiano y el más útil á cualquiera, aunque no lo sea, no tiene necesidad más que de ser meditado para llevar al alma el amor á su autor y el deseo de cumplir sus preceptos. Nunca la virtud ha hablado un lenguaje tan dulce, nunca la más profunda sabiduría se ha expresado con tanta energía y sencillez. No se deja su lectura sin sentirse mejor que antes. ¡Oh, vosotros, ministros de la Ley que me es anunciada: tomáos menos trabajo para instruirme en tantas cosas inútiles! Dejad todos esos libros sabios que no saben convencerme ni conmovirme. Prosternáos á los pies de ese Dios de misericordia que os habéis encargado de hacerme conocer y amar, y pedidle para vosotros la humildad profunda que debéis predicarme. No levantéis hasta mis ojos esa ciencia orgullosa, ni ese fausto indecente que os deshonra y me rebela; estad conmovidos vosotros si queréis que yo lo esté, y, sobre todo, mostradme en vuestra conducta la práctica de esa Ley en que pretendéis instruirme. No tenéis necesidad de saber ni de enseñarme más, y vuestro ministerio está cumplido. No hay en esto cuestión de bellas letras ó de filosofía. Así es como conviene seguir y predicar el Evangelio y así es como sus primeros defensores lo han hecho triunfar en todas las naciones, *non more aristotelico*, decían los Padres de la Iglesia, *sed piscatorio* (32).

Comprendo que voy haciéndome demasiado prolijo, pero me ha parecido que no podía dispensar-

me de extenderme un poco sobre la importancia de esto. Además, los lectores impacientes deben reflexionar que no es una cosa muy cómoda la crítica, porque donde se ataca con una palabra, se necesitan páginas para defenderse.

Paso á la segunda parte de la respuesta, sobre la que trataré de ser más corto en razones, aunque no encuentro en ella menos observaciones que hacer.

«No es de las ciencias, se me dice, es del seno de las riquezas de donde han nacido en todo tiempo la molicie y el lujo.» Yo no afirmé que el lujo naciera de las ciencias, sino que ambas cosas habían nacido juntas, y que rara vez iba el uno sin las otras. He aquí cómo comprendo esta común genealogía. El primer origen del mal es la desigualdad, y de la desigualdad han venido las riquezas, porque las palabras de pobre y de rico son relativas, y doquiera los hombres fuesen iguales, no habría pobres ni ricos. De las riquezas nacen el lujo y la ociosidad, y del lujo proceden las bellas artes, como de la ociosidad las ciencias. «En ningún tiempo las riquezas han sido la herencia de los sabios.» Por ello mismo, el mal es mayor; pues los ricos y los sabios no sirven más que para corromperse mutuamente. Si los sabios fueran más ricos, ó los ricos fueran más sabios, los unos serían menos aduladores, los otros amarían menos la adulación, y todos valdrían más. Esto puede verse en el pequeño número de los que tienen la felicidad de ser sabios y ricos á la vez. «Para un Platón en la opulencia, para un Aristipo acreditado en la corte, ¡cuántos filósofos reducidos á la capa y á la alforja, envueltos en su propia virtud é ig-

norados en su soledad!» Estoy conforme en que hay un gran número de filósofos muy pobres y seguramente muy descontentos de serlo; no dudo que sea á su pobreza á lo que la mayor parte de ellos deban su filosofía; pero cuando quiero suponerlos virtuosos, ¿será por sus costumbres, que el pueblo no ve, por lo que éste aprenderá á reformar las suyas? «Los sabios no tienen ni gusto ni tiempo para amasar grandes bienes.» Consiento en creer que no tienen tiempo. «Aman el estudio.» Aquel que no amase su oficio, sería un hombre bien loco ó bien miserable. «Viven en la medianía.» Es preciso estar extremadamente predispuesto en su favor para hacer de esto un mérito. «Una vida laboriosa y moderada, pasada en el silencio y en el retiro, ocupada en la lectura y en el trabajo, no es seguramente una vida voluptuosa y criminal.» No, por lo menos á los ojos de los hombres: todo depende del interior. Un hombre puede estar obligado á llevar tal vida, y tener, sin embargo, muy corrompida el alma, y de otra parte ¿qué importa que sea virtuoso y modesto, si los trabajos en que se ocupa alimentan la ociosidad y minan el espíritu de sus conciudadanos? «Las comodidades de la vida, que son á menudo el fruto de las artes, no son por lo común patrimonio de los artistas.» No me parece, sin embargo, que sean gentes que rehusen las comodidades, sobre todo aquellos que, ocupándose de artes completamente inútiles y por consiguiente muy lucrativas, están más en estado de procurarse todo lo que desean. «No trabajan más que para los ricos.» Dado el giro que toman las cosas, no me sorprenderá ver algún día á los ricos traba-

jando para ellos. «Y son los ricos ociosos quienes se aprovechan y abusan de los frutos de su industria.» Una vez más digo que no veo que nuestros artistas sean gentes tan sencillas y tan modestas. No podrá reinar el lujo en un orden de ciudadanos, sin que se deslice bien pronto entre todos los demás bajo diferentes modificaciones, y en todas partes haya el mismo saqueo.

El lujo corrompe á todos: al rico que goza y al miserable que codicia. No cabe decir que sea un mal en sí el llevar puños de encaje, un traje bordado y una capa esmaltada; pero lo es muy grande hacer caso de estas baratijas, estimar feliz al pueblo que las lleva y consagrar á ponerse en estado de adquirir las un tiempo y cuidados que todo hombre debe á más nobles objetos. No necesito enseñar cuál es el oficio de aquél que se ocupa de tales cosas, para saber el juicio que debo formar de él.

Admití el hermoso retrato que se nos trazó de los sabios, y creo poder considerar como un mérito esta complacencia. Mi adversario es menos indulgente: no solamente no me concede nada de lo que puede negarme, sino que, antes que condenar lo mal que pienso de nuestra vana y falsa civilización, prefiero excusar la hipocresía. Me preguntaría si yo querría que el vicio se mostrase al descubierto. Ciertamente que lo querría: la confianza y la estimación renacerían entonces entre los buenos, se aprendería á desconfiar de los malos, y la sociedad estaría más segura. Yo prefiero que mi enemigo me ataque á campo abierto á que me hiera á traición por la espalda. ¿O es que habrá que juntar el escándalo al crimen? No sé, pero

desearía que no se uniese á él la trampa. Nada más cómodo para los viciosos que todas las máximas que nos prohíben desde hace tiempo el escándalo. Si se quisiera seguir las con rigor, sería preciso dejarse asaltar, traicionar, matar impunemente y no castigar á nadie, porque es esto un objeto más escandaloso que un esclerato en la rueda. Pero la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud. Sí, como el de los asesinos de César, que se prosternaban á sus pies para matarle con más seguridad. Este pensamiento ha sacado su brillo y su hermosura del nombre célebre de su autor (33), pero no por ello es más justo. ¿Se dirá nunca de un ladronzuelo, que toma la librea de una casa para dar el golpe más cómodamente, que rinde homenaje al amo de la casa que roba? No: cubrir la maldad con el peligroso manto de la hipocresía, no es honrar la virtud, es ultrajarla, profanando sus insignias; es añadir la maldad y la mentira á todos los demás vicios; es cerrarse para siempre toda orientación hacia la probidad. Hay caracteres elevados que llevan hasta el crimen un no sé qué de altivo y generoso que deja ver todavía en el interior alguna chispa de ese fuego celeste hecho para animar á las almas bellas. Pero el alma vil y rastrera del hipócrita es semejante á un cadáver en el que no se halla fuego, ni calor, ni fuentes de vida. Llamo en mi auxilio á la experiencia. Se ha visto á grandes escleratos entrar en sí mismos, acabar santamente su carrera y morir predestinados; pero lo que nadie ha visto nunca, es convertirse un hipócrita en hombre de bien: se hubiera podido razonablemente intentar la con-

versión de Cartouche, pero jamás un sabio hubiera emprendido la de Cromwell.

He atribuído al restablecimiento de las letras y de las artes la elegancia y la cortesía que reinan en nuestras maneras. El autor de la respuesta me lo disputa, lo cual no puede menos de admirarme. Puesto que hace tanto caso de la cortesía y de las ciencias, no veo la ventaja que le reportará quitar á una de estas cosas el honor de haber producido á la otra. Pero examinemos sus pruebas, que se reducen á esto: «No se ve que los sabios sean más corteses que los otros hombres; por el contrario, á menudo lo son mucho menos: luego nuestra cortesía no es obra de las ciencias.» Observaré, ante todo, que aquí se trata menos de ciencias que de literatura, de bellas artes y de obras de gusto, y nuestros talentos de este orden, tan ignorantes como se quiera, pero tan corteses, tan sociables, tan brillantes, tan entrometidos, se reconocerían difícilmente en el aire chabacano y pedantesco que el autor de la réplica les quiere dar. Pero pásemosle este antecedente; concedamos, si es preciso, que los sabios, los poetas y los grandes talentos, son igualmente ridículos; que los señores de la Academia de las Bellas Letras, los señores de la Academia de las Ciencias, los señores de la Academia Francesa, son gentes groseras que no conocen el buen tono ni los usos del mundo, y que quedan excluídos por ende de la buena compañía: el autor ganará poco con esto, y no tendrá el derecho de negar que la cortesía y la urbanidad que reinan entre nosotros sean efecto del buen gusto, tomado primeramente á los antiguos y extendido en-

tre los pueblos de Europa por los libros agradables que se publican en ella de todas partes (34). Como los mejores maestros de baile no son siempre las gentes que se presentan mejor, se pueden dar muy buenas lecciones de cortesía sin querer ó poder ser bastante cortés en sí mismo. Esos torpes comentadores que nos dicen que conocen todo en los antiguos, fuera de la gracia y la finura, no han dejado, por sus obras útiles, aunque despreciadas, de enseñarnos á sentir esas bellezas que ellos no sentían. Ocurre lo mismo con ese agrado por el comercio y esa elegancia de costumbres que se substituye á su pureza y que se hace notar en todos los pueblos donde las letras han sido honradas: en Atenas, en Roma, en China, en todas partes se ha visto la cortesía del lenguaje y de las maneras, acompañar siempre, no á los sabios y á los artistas, sino á las ciencias y á las bellas artes.

El autor ataca enseguida las alabanzas que hice de la ignorancia, y, tachándome de haber hablado más como orador que como filósofo, pinta á su vez la ignorancia, y puede comprenderse que no con bellos colores. No niego que tenga razón, pero no creo tenerla yo menos, y basta una distinción, muy justa y muy verdadera, para reconciliarnos. Hay una ignorancia feroz (35) y brutal que nace de un mal corazón y de un espíritu falso; una ignorancia criminal que se extiende hasta á los deberes de la humanidad, que multiplica los vicios, que degrada la razón, envilece el alma y hace á los hombres semejantes á las bestias: esta ignorancia es la que el autor ataca y de la que hace un retrato tan odioso como exacto. Hay otra

especie de ignorancia razonable que consiste en limitar nuestra curiosidad á la extensión de las facultades que hemos recibido; una ignorancia modesta, que nace de un vivo amor á la virtud y que sólo respira indiferencia hacia todas las cosas que no son dignas de llenar el corazón del hombre y no contribuyen á hacerlo mejor; una dulce y preciosa ignorancia, tesoro de un alma pura y contenta de sí, que pone toda su felicidad en replegarse sobre sí misma, en hacerse testigo de su inocencia, sin que tenga necesidad de buscar una falsa y vana felicidad en la opinión que los otros podrían tener de sus luces: he aquí la ignorancia que yo alabo y la que pido al cielo en castigo del escándalo que he causado á los doctos por mi desprecio declarado por las ciencias humanas.

«Comparemos (dice el autor) á los tiempos de ignorancia y de barbarie esos siglos felices en que las ciencias han extendido por todas partes el espíritu de orden y de justicia.» Estos siglos felices serían difíciles de encontrar, pero se les encontrará más fácilmente allí donde, gracias á las ciencias, *orden y justicia* no serán más que nombres vanos inventados para imponerse al pueblo y donde la apariencia habrá sido conservada cuidadosamente para destruirlos con más impunidad. «En nuestros días las guerras son menos frecuentes, pero más justas.» En cualquier tiempo que sea, ¿cómo podrá ser la guerra más justa en uno de los partidos, sin ser más injusta en el otro? Yo no puedo concebir esto. «Acciones menos sorprendentes, pero más heroicas.» Nadie seguramente disputará á mi adversario el derecho de juzgar del heroísmo; pero

¿quiere que lo que no le sorprende á él no nos sorprenda á nosotros? «Victorias menos sangrientas, pero más gloriosas; conquistas menos rápidas, pero más seguras; guerreros menos violentos, pero más temibles, que saben vencer con moderación, que tratan á los vencidos con humanidad, cuya único gufa es el honor y cuya única recompensa es la gloria.» Yo no niego al autor que haya grandes hombres entre nosotros, y que le sería muy fácil presentar de ello la prueba, lo cual no impide que los pueblos estén muy corrompidos. Por lo demás, estas cosas son tan vagas, que casi se podrían decir en todos los tiempos, y es imposible responder á ellas, porque se necesitaría hojear bibliotecas y hacer infolios para establecer el pro y el contra.

Cuando Sócrates maltrató á las ciencias no pudo, según creo, tener á la vista el orgullo de los estoicos, ni la molicie de los epicúreos, ni la absurda jerga de los pirronianos, porque ninguna de estas sectas existía en su tiempo. Pero este ligero anacronismo no es indecoroso para mi adversario: él ha empleado su vida en algo mejor que en comprobar fechas, y no está más obligado á saber de memoria su Diógenes Laercio, que yo á haber visto lo que pasa en los combates.

Convengo, pues, en que Sócrates no ha pensado más que en revelar los vicios de los filósofos de su tiempo, pero deduzco que ya en ese tiempo los vicios pululaban con los filósofos. A esto se me responde que se trata del abuso de la filosofía, y yo no creo haber dicho lo contrario. ¿Habría que suprimir todas las cosas de que se abusa? Sí, sin duda, responderé sin titubear, á lo menos todas

aquellas que son inútiles, y cuyo abuso hace más daño que provecho su uso.

Detengámonos un instante en la última consecuencia, conviene á saber: cuán absurdo sería hoy deducir que debiéramos quemar todas las bibliotecas y destruir las academias y las universidades. No haríamos más que volver á sumergir á Europa en la barbarie, y las costumbres nada ganarían con ello (36). Con sumo dolor voy á pronunciar una grande y fatal verdad: No hay más que un paso del saber á la ignorancia, y la alternativa de uno á otra es frecuente en las naciones, pero jamás se ha visto á un pueblo corrompido volver á la virtud. En vano pretenderéis destruir los orígenes del mal; en vano prohibiréis los alimentos de la sociedad, de la ociosidad y del lujo; en vano volveréis á traer á los hombres á la igualdad, conservadora de la inocencia y origen de toda virtud; una vez corrompidos sus corazones, lo serán para siempre; no hay remedio al mal, á menos de traer y provocar una gran revolución, casi tan temible como el mal que pudiera curar, revolución que es reprochable desear é imposible prever.

Dejemos á las ciencias y á las artes endulzar en algún modo la ferocidad de los hombres que han corrompido; tratemos de ocuparles en una diversión prudente, y procuremos que cambien en lo posible sus pasiones. Ofrezcamos algunos alimentos á esos tigres, á fin de que no devoren á nuestros hijos. La ilustración del malvado es menos de temer que su brutal estupidez: por lo menos, le hace más circunspecto sobre el mal que puede hacer, por el conocimiento que tiene del que recibiría.

Alabé á las academias y á sus ilustres fundadores, y repetiré con gusto el elogio. Cuando el mal es incurable, el médico aplica paliativos y proporciona los remedios menos á las necesidades que al temperamento del enfermo. Corresponde á los legisladores sabios imitar su prudencia, y no pudiendo proporcionar á los pueblos enfermos la más excelente política, darles al menos, como Solón, la que mejor puedan soportar.

Hay en Europa un gran príncipe, y lo que vale más, un virtuoso ciudadano, quien, en la patria que ha adoptado y que hace feliz, acaba de formar varias instituciones en favor de las letras (37). Hace en esto una cosa muy digna de su sabiduría y de su virtud. Cuando se trata de establecimientos políticos, el tiempo y el lugar son los que deciden de todo. Es preciso, para sus propios intereses, que los príncipes favorezcan siempre las ciencias y las artes (ya he dicho la razón), y en el estado presente de las cosas, es preciso hasta que las favorezcan en interés mismo de los pueblos. Si hubiese actualmente entre nosotros algún monarca bastante limitado para pensar y obrar de diferente manera, sus súbditos permanecerían pobres é ignorantes y no serían menos viciosos. Mi adversario ha descuidado el sacar ventaja de un ejemplo tan sorprendente y tan favorable en apariencia á su causa; acaso es él sólo quien lo ignora ó quien no ha pensado en ello. Sufra, pues, que se lo recuerde; no rehuse á grandes cosas los elogios que les son debidos; admírelas como yo y no se mantenga más fuerte contra las verdades que ataca.

ULTIMA RESPUESTA A BORDES (38)

*Ne, dum facemus, non ver-
cundiz sed diffidentiz causa
tacere videamur.*
CIPRIANO, *Contra Demetrium.*

Con extremada repugnancia entretengo con mis disputas á los lectores ociosos, que se cuidan muy poco de la verdad; pero la manera como acaba de ser atacada me obliga á tomar su defensa una vez más, á fin de que mi silencio no sea tomado por la multitud por una confesión de impotencia ni por desdén hacia los filósofos. Es preciso que me repita, lo comprendo, y el público no me lo perdonará. Pero los sabios dirán: «Este hombre no necesita buscar nuevas razones, y ello es una prueba de la solidez de las suyas» (39).

Como aquellos que me atacan no dejan nunca de apartarse de la cuestión y de suprimir las distinciones esenciales que propuse, es necesario siempre comenzar por traerlos á ella. He aquí, pues, un sumario de las proposiciones que he sostenido y que sostendré siempre, pues no consultaré otro interés que el de la verdad.

Las ciencias son las obras maestras del genio y de la razón. El espíritu de imitación ha producido las bellas artes, y la experiencia las ha perfeccionado. Somos deudores á las artes mecánicas de